

La Mercedes

En torno a mí el desierto, que es tanto como decir que vivo en el centro del mundo, en mitad de la nada, donde confluye todo, en el alfa de un infinito cualquiera.

Y no es que falten árboles, vegetación o agua. Ni que en las mañanas no se escuche el aleteo de los pájaros o el espaciado mugido de una vaca. Hasta algún que otro coche pasa de largo, sin detenerse.

Tal vez el problema es ese. Que nadie se detiene aquí, que todos parten de un lugar y, en el mientras tanto del viaje, sólo consideran un punto de llegada. No hay zonas intermedias, ni aún tan siquiera interiores.

Tal vez sea esa la cuestión, que para nadie el camino es más que un tránsito efímero entre dos puntos y yo me encuentro en mitad de un camino cualquiera. En una gasolinera en el centro de ninguna parte.

En torno a mí el desierto.

La Mercedes recopila fotos antiguas que va colgando desordenadamente en las paredes del bar. Fotos de famosos que por aquí pasaron, repostaron gasolina, tomaron un café, un pincho de tortilla y siguieron su camino, no sin antes posar un momento junto a la dueña, mientras yo ejercía de improvisado fotógrafo.

Tarea laboriosa, esa de ir rellenando las paredes, si tomamos en cuenta que las probabilidades de que un famoso pase por aquí son casi impensables y aún más increíble que se detenga a echar gasolina, tomar un café o un pincho de tortilla.

Los mozos casaderos del pueblo cercano se embelesan contemplando esas fotos antiguas. Acuden acicalados cada tarde donde la Mercedes, como si sopesaran continuamente la importancia de estar presentables cuando por la puerta aparezca cualquier ejemplar humano digno de posar ante mi cámara.

Las más de las veces, en la inmensa mayoría de las ocasiones, se van por donde vinieron sin más gloria que haber jugado conmigo una partida de mus - que siempre ganan- después de haber valorado de forma pormenorizada el flujo de las estaciones.

La Mercedes y yo preparamos con tiempo la llegada del autocar de los estudiantes. Una especie de vertiginosa actividad nos invade cada vez que desembarcan y comienzan su ajetreado deambular por las inmediaciones de la gasolinera.

Cualquiera que reparara en este trajín desmedido podría pensar que se trata de una pandilla de locos a los que se les ha concedido un inesperado asueto y no han encontrado otra manera más aparente de aprovecharlo.

Son pocos los que saben que, precisamente aquí se encontraba la encrucijada de los caminos romanos que, desde el centro de la península conducían a Lusitania y, desde la Bética a Astorga, pasando por Emerita Augusta.

Reparemos, pues, en que hubo un día en que el desierto fue ciudad y la nada centro comercial, intercambio de culturas, mestizaje de pieles, lugar de encuentro de cuantos se sometían al trasiego de las calzadas del imperio.

Millones de restos de sigillata, tejas, utensilios del pasado, afloran entre los cardos, las jaras y los canchales, esperando la llegada de la partida de bandoleros jóvenes -que no pocos confundirían con locos en momento de asueto- que asaltan las capas más superficiales de un mundo bloqueado en el tiempo pasado.

Una joven se para sobre una roca y comienza a escribir, mientras el resto de sus compañeros de partida se desperdiga por los campos, recogiendo piedras aquí y allá. Me recuerda a mi nieta. Esa nieta que tuve y que perdí, que dejé perder o que me perdió la vida, cuando tomé la decisión de dejar de fotografiar un mundo en movimiento agitado y constante para que fueran mis ojos los que recogieran la más pura esencia de la nada. Cuando se toma una decisión así, uno se queda desnudo, indefenso, asolado, solitario.

Pero el pasado no muere, se mantiene vivo en una zona oscura de la mente y, cuando menos lo esperas, retorna sin que nadie lo invoque, en forma de joven parada en la roca, escribiendo algo en un cuaderno de notas.

Me acerco a ella.

Escribe un poema.

No intercambiamos palabras.

Una mirada de prevención y una sonrisa.

Termina de escribir.

Me da a leer el poema.

Recurro a los sueños difuminados  
para esconder mi alma entre la hojas  
del árbol otoñal. De sus raíces  
se alimentan las nubes que atemperan  
el calor de los campos, la sequía  
que se adueña del tiempo indefinible,  
del paisaje interior de mis entrañas.

Cauces de sueños en mi mente  
que desbordan un día macilento,  
inundando la tierra con suspiros,  
calibrando el poder de los recuerdos,  
desatando las luces con espadas  
esgrimidas al viento de un poema.

El bar de la Merce se encuentra repleto de mozos acicalados, casaderos, cincuentones, como siempre que hay una visita en el pueblo, como cada vez que un aire fresco se deja notar en mitad del verano y nadie quiere perderse una bocanada en sus pulmones.

Poco más, porque todo el mundo sabe que el viento es imprevisible y nadie sabe con certeza de donde viene, ni su lugar de destino.

Para respirar este aire permanecerán en el bar de la Merce cuanto tiempo haga falta. Así es este mundo a punto de desaparecer.

La joven, sentada junto a mí en una mesa arrinconada, me enseña su cuaderno de poemas.

Son sensaciones convertidas en palabra, ritmo de palabra transfigurada.

Se nota que no necesita medir cada verso, que el poema sale a borbotones con ritmo de sílabas que trazan un movimiento pendular de sensaciones que se desparraman sobre el folio.

Me deleito mirándola, intentando retener la secuencia de su risa, de su largo pelo rizado, de la copa acercándose a su boca.

Algo está muriendo para que algo termine por renacer.

Me retiré a estos paisajes huyendo del álbum de fotos fijas que acumulé a lo largo de una vida. Hice con mis ojos el reportaje inmóvil de un desierto lacerado. Ahora un poema me pone en movimiento.

El autocar discurre plácidamente por la llanura descarnada. Hace años que no subía a un autocar -nada tiene ya que ver con aquel viejo cascarón que me trajo a estos parajes. Años en los que vi cambiar el asfalto de la carretera, sin que por ello cambiaran en un ápice los paisajes, que el asfalto transforma los lugares que conecta, pero en modo alguno el camino de tránsito.

En casi diez años tampoco cambió la gasolinera, ni el pueblo, ni el bar de la Merce, ni los mozos casaderos, ni el tiempo circular de la nada. No sé qué me espera al final de este viaje. Probablemente un mundo que me gustará aún menos que el que abandoné.

Llevo mi cámara dispuesta para iniciar el trabajo y desentumezco mi mirada fotográfica enfocando las caras de los jóvenes que me acompañan y el plácido sueño de mi compañera de viaje, la escritora de poemas.